

Joel KOTKIN, *The city. A global history*, London, Weidenfeld & Nicolson, 2005, 218 pp. (traducción española de F. RAMOS, Barcelona, Random House Mondadori, 2006, 298 pp.).

El autor, profesor de estudios urbanos en Chapman University (Orange, California), elabora una síntesis de la historia de la ciudad en el mundo. Emplea para ello una amplia y al propio tiempo selecta bibliografía que, no obstante, se limita a la publicada en inglés.

Partiendo de las que parecen ser las primeras experiencias propiamente urbanas en Mesopotamia y el Mediterráneo, donde terminan afirmándose las clásicas Atenas y Roma, van exponiéndose los procesos de auge, continuidad y decadencia que rodean el fenómeno ciudadano en todo el planeta. Pueden así seguirse las grandes líneas de evolución de las urbes en la India, China o los amplios territorios del Islam, con explicaciones sobre las oportunidades perdidas por estos modelos urbanos. Después, se explica la recuperación de la primacía por la ciudad europea renacentista y su exportación a los dominios coloniales. Finalmente, tras poner de relieve las contradicciones de la ciudad industrial, se estudia un conjunto de factores que ayuda a comprender las modernas metrópolis.

El autor concede particular importancia al elemento espiritual en la creación y mantenimiento de las ciudades. Y no hay duda de que, junto a los aspectos defensivos y económicos, la religión ha representado un destacado papel en la construcción y conservación de muchos e importantes fenómenos urbanos. Sobradamente conocidos son, en tal sentido, no sólo los grandes centros religiosos, sino tipos singularmente más modestos, pero no por ello de menor significado conjunto, como la ciudad episcopal medieval, que extendió y consolidó notablemente las relaciones feudales.

Sin embargo, aun reconociendo la importancia y el significado de esos y otros ejemplos de impulso urbano ligado a las creencias, parece difícil estimar que éstas constituyan elemento esencial para explicar el éxito de todas las ciudades. En efecto, salvo que visualicemos cualquier sistema de ideas como una religión, parece claro que ha habido y hay grandes experiencias urbanas ligadas a otros factores determinantes que nos permiten identificar ciudades de negocios, de cultura, de ocio, etc.

El modelo urbano dominante en la actualidad viene constituido, para el autor, por la forma de crecimiento disperso que representan los *suburbs* en las experiencias de Estados Unidos, Australia o Canadá. Conectando con

el simultáneo trabajo monográfico de Robert BRUEGMANN (*Sprawl: a compact history*, University of Chicago Press, 2005, 308 pp.), defiende las periferias residenciales como modo de crecimiento urbano que ha permitido a amplias clases medias acceder a niveles de libertad, privacidad, movilidad y calidad de vida que anteriormente sólo resultaban accesibles a los ricos y poderosos. Plantea el gigantismo de las megalópolis del presente como una carga, al ir acompañadas de fenómenos de delincuencia, congestión y contaminación que les hacen perder valor frente a otras poblaciones más pequeñas, mejor gestionadas y menos agobiantes.

Se trata ciertamente de un fenómeno mundial que puede constatarse a lo largo y ancho del planeta. Recientemente, desde el portal NewGeography.com, Wendell COX («*Dispersion in Europe's cities*», publicado el 18 abril 2015), ponía de manifiesto el dominio del crecimiento suburbano en Europa Occidental conforme a los datos proporcionados *United Nations Urban Agglomerations List* para 1971-2011. Así, las 24 áreas urbanas más pobladas incrementaron su población en 9,1 millones de habitantes, producto de combinar el aumento de 9,7 millones en los suburbios y el descenso de 600.000 en los centros urbanos. En ese mismo período, los porcentajes de crecimiento suburbial fueron del 450 por ciento en Madrid, del 327 por ciento en Toulouse y del 108 por ciento en Lisboa.

Similares conclusiones aporta el análisis de 79 ciudades españolas llevado a cabo por el MINISTERIO DE FOMENTO (*Capitales & Ciudades +100. Información estadística de las ciudades españolas 2010*), donde se constatan los cambios en el modelo de crecimiento urbano en el período 1987-2006. Predomina el desarrollo de suelos residenciales de baja densidad, con incremento de las redes de infraestructuras y los grandes complejos comerciales y de ocio en el entorno de las grandes ciudades, en emplazamientos con suelos más baratos que en los centros urbanos, todo ello con fundamento en un incremento de la movilidad basado en el automóvil.

Conviene quizá precisar que la amplia difusión del modelo no tiene que identificarse con una decidida preferencia del mismo en los términos que propugnan estos autores. Ante todo ha de ponerse de relieve la excesiva generalidad de los datos que manejan, pues no todo crecimiento de una ciudad puede ser identificado con el fenómeno de la ciudad dispersa espontáneamente configurada. En efecto, la urbanización de nuevos ámbitos puede hacerse para atender a necesidades reales en términos planificados y conectando con el entramado urbano, exista o no continuidad física entre las partes del mismo. Los problemas del crecimiento disperso de las ciudades se relacionan más bien con el aislamiento de las nuevas urbanizaciones, que puede traducirse en la formación de guetos, bien directamente cuando agrupan a una población de escasos recursos económicos, bien indirectamente cuando albergan a gentes de

alto nivel económico y van acompañadas de la terciarización o vandalización de los cascos urbanos tradicionales.

No obstante, hay un aspecto del modelo suburbial norteamericano que merece una particular atención. Así, tal y como ya se propugnaba en la rupturista visión urbanística y arquitectónica de Robert VENTURI y otros (especialmente en *Learning from Las Vegas*, 1977), dentro de la gran ciudad dispersa (por ejemplo, en la costa oeste de Estado Unidos) cabe identificar interesantes fenómenos organizativos de los distintos conjuntos residenciales. Las comunidades, tan anodinas y difíciles de diferenciar desde fuera, tienden a resolver por sí mismas problemas comunes de abastecimiento, comercio, circulación, cultura, ocio y otros, generando señas de identidad y mecanismos de solidaridad típicos de las administraciones locales formalizadas. De ahí que nuestro autor y otros propugnen una descentralización territorial que tenga decididamente en cuenta las nuevas unidades territoriales espontáneamente formadas y desarrolladas.

Creo que merecería la pena reflexionar sobre estas cuestiones, que suscitan una problemática siempre presente en los espacios metropolitanos: la necesidad de combinar las escalas grandes y pequeñas. Así como el gran tamaño permite disfrutar de grandes servicios, hay decisiones de ordenación urbana y prestaciones ciudadanas que reclaman el tratamiento descentralizado. Ello implica dividir el enorme poder municipal concentrado en las macro-ciudades, formando unidades territoriales aptas para una mayor participación ciudadana. De esta manera quizá sería viable establecer sistemas de relación fiables para las diversas partes de la gran ciudad, evitando la dialéctica de enfrentamiento entre el núcleo central y las periferias urbanas. La tiranía del primero podría resultar notablemente amortiguada si dejara de presentarse como un bloque monolítico ajeno a los diferentes barrios históricos que lo componen; y también cabe pensar que tanto los planteamientos insolidarios como los victimistas presentes en los ámbitos peri-urbanos encontrarían así más adecuadas vías de expresión y solución.

FERNANDO LÓPEZ RAMÓN